

CUIDADO DE LA CASA COMÚN

Una ciudad que cuida de la creación

Victorino Pérez Prieto, PhD¹

¹ Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca y Doctor en Teología de la Universidad de Santiago de Compostela.

La llamada urgente a cuidar nuestra casa común en Bogotá. Tres partes constituyen esta exposición:

1. ¿Qué significa cuidar la creación según la fe bíblica y judeocristiana?
2. ¿Cuál es nuestro papel ante la creación amenazada?
3. ¿Cómo aplicar la carta *Laudato Si* en nuestra ciudad/región?



Recuperada en: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Victorino_P%C3%A9rez_Prieto_\(AELG\)-4.jp](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Victorino_P%C3%A9rez_Prieto_(AELG)-4.jp)

1. ¿Qué significa cuidar la creación desde la perspectiva judeocristiana?

El judeocristianismo ha sido acusado, en los comienzos del ecologismo, del desastre ecológico (Lynn White). Se ha dicho que esta idea de dominar la tierra, explotándola indiscriminadamente es, sobre todo, culpa de los cristianos. Sin embargo, la fe judeocristiana es intrínsecamente verde. Y el fundador del cristianismo, Jesús de Nazaret, es un ecologista. Para verlo, no hay más que leer los Evangelios desde esta perspectiva.

Pero, es evidente que hemos olvidado la sabiduría. Por ejemplo, la del sabio chino Lao Tse, que dice en el Tao te king: «Producir y nutrir, crear sin poseer, multiplicar sin someter, ese es el misterio de la VIDA».

Los seres humanos somos tierra, somos barro.

De modo semejante, ya decía en el pasado siglo XX el pensador, teólogo y pastor cristiano, Albert Schweitzer: «Yo soy la vida que quiere vivir en medio de la vida que quiere vivir».

La fe judeocristiana es intrínsecamente verde desde el Antiguo al Nuevo Testamento. La concepción bíblica de la realidad no es dualista, sino unitaria: materia y espíritu están íntimamente e indisolublemente vinculados y caminan juntos hacia la plenitud final.

En el relato del Génesis, aparece el ser humano como *adamá* (salido de la tierra). Es decir que los seres humanos somos tierra, somos barro; magníficamente expresado en el muñequito de barro al que Dios le da el soplo de vida, pues somos materia con espíritu, y lo que nos hace imagen de Dios es tanto nuestra materia como nuestro espíritu. *Adamá* no recibe del Dios, creador y Señor, el encargo de dominar-espoliar la tierra, sino de cuidarla como buen jardinero o, mejor, hortelano. Porque el señor de la tierra no es Adán, sino Dios, pues la perspectiva de la Biblia no es antropocéntrica, sino teocéntrica. Dios, como dueño de la tierra, encarga a Adán cuidar la tierra.

Se trata, pues, de pasar del dominio del señor al cuidado del hortelano, del jardinero: O vivimos con la tierra o morimos con ella. Y Adán tiene que salir de aquel jardín al no saber mantener el equilibrio, al haber roto ese equilibrio y haber creado enfrentamiento, primero entre él y su mujer; por eso la tierra se le vuelve hostil. La culpa no la tuvo Eva, como una comprensión desde una mirada patriarcal, sino que la culpa la ha tenido esta falta de armonía del ser humano con la tierra y por tanto consigo mismo, pues Adán es tierra.

Pecado y destrucción de la naturaleza están siempre íntimamente unidos en la Biblia. Como nos dice el Deuteronomio: «Hoy pongo ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos... vivirás y serás fecundo, y el Señor te bendecirá en la tierra... Pero si tu corazón se desvía... no viviréis mucho tiempo en la tierra» (Dt 30,15-20). Tú serás feliz si eres capaz de vivir en equilibrio con esta tierra, si no respetas esta tierra ella tampoco te respetará y se volverá contra ti. Y el pecado contra la tierra es el pecado del egoísmo y la depredación.

El profeta Isaías, en su sátira contra el rey de Babilonia, escribe acerca de su caída y el fin de la gue-

rra que la tierra canta con júbilo: «La tierra descansa tranquila y lanza gritos de júbilo; hasta los cipreses celebran tu ruina y los cedros del Líbano dicen: Desde que sucumbiste no sube a talarnos el leñador» (Is 14,7-8). La destrucción de los bosques no era precisamente para vivir, sino para construir armas de guerra.

En fin, la buena nueva del Evangelio es promesa de liberación, sobre todo para los más pobres, y plenitud para toda la creación. Aunque para encontrar el evangelio verde, necesitamos borrar siglos de pensamiento antropocéntrico, depredador y destructor, y no precisamente para el bienestar común, sino para el acaparamiento de unos pocos. Por algo decía san Juan Crisóstomo: «un rico o es ladrón o es hijo de ladrón». Necesitamos borrar siglos de pensamiento antropocéntrico que colocaron al hombre, y no a Dios, en el centro del universo y que hicieron, desgraciadamente, de la Iglesia occidental un cómplice de la explotación indiscriminada y la contaminación de la Tierra. Y sin embargo, Jesús de Nazaret es un ecologista que manifiesta un profundo conocimiento y amor por la naturaleza (Mc 13,28; Mt 6,26-30...). Él invita a sus seguidores a respetarla, trabajarla y disfrutar en ella con justicia y amor. Jesús era un obrero y un campesino, que había nacido y crecido en el campo; precisamente, por eso logró el equilibrio con la creación que se ve claramente en el desierto. Jesús en el desierto, antes de su vida pública, es la expresión del equilibrio con el cosmos. En el desierto de Palestina, en el día se alcanzan temperaturas de 45 y 50 grados centígrados y por la noche bajan a 10 grados bajo cero. Por eso, hasta las piedras se resquebrajan; aun así, Jesús vivía en equilibrio con esta tierra y con las fieras. Este equilibrio lo quiere romper el Tentador, pero el que vence es el Jesús de la vida.

2. ¿Cuál es nuestro papel ante la creación amenazada?

Según Edgar Morin, la realidad es un caos-cosmos, porque dentro del presunto caos de la naturaleza, se organiza el cosmos en perfecta armonía. Es el ser humano el que le quiere poner puertas al viento, como decimos en España. Le pone cauces al río y éste tiene que seguir haciendo sus meandros porque es su memoria. Desgraciadamente, parece que la especie más peligrosa del planeta tierra es el ser humano.

Y sin embargo, frente a la voluntad de dominio depredador del ser humano sobre la naturaleza, muchos pendamos que, como dice Raimon Panikkar (1994): «El cometido del ser humano no es el de

El ecologismo es una militancia, una lucha pacífica por la transformación y el crecimiento en armonía

dominar la naturaleza, sino precisamente el de cultivar: cultivarse a sí mismo y la naturaleza, precisamente porque ambas no se pueden separar». Cultivar no es dominar, sino crecer en armonía. O crecemos con la naturaleza o morimos con la naturaleza.

Panikkar habla de una ecosofía, una «sabiduría de la tierra», para que los humanos nos podamos relacionar correctamente con la naturaleza superando el antropocentrismo. Una sabiduría que debe ser global, total: ver a la Tierra como sujeto. «Más que una nueva actitud del hombre hacia la naturaleza, lo que se necesita es un cambio radical, una conversión a fondo que reconozca y haga suyo el destino común de ambos. Mientras no se vea que su relación los constituye a los dos, mundo y hombre, nunca se encontrará un remedio duradero. Ninguna solución dualista puede sostenerse» (Panikkar, 1993).

Más que hablar de ecología prefiero hablar de ecologismo, pues conozco ecólogos que no son ecologistas. El ecologismo es una militancia, una lucha pacífica por la transformación y el crecimiento en armonía. Los ecologistas no son unos locos, como piensan algunos, sino, más bien, los únicos lúcidos en este mundo de locos.

Mientras nuestra relación con la naturaleza se rija por la convicción de la plena sumisión de esta al ser humano, no hay esperanza ni para la naturaleza ni para el propio ser humano. Por eso, escribe Jürgen Moltmann (1992), gran teólogo cristiano y uno de los padres de la ecoteología: «La muerte de los bosques corresponde a la difusión de las neurosis psíquicas; a la contaminación de las aguas el sentimiento vital nihilista de muchos habitantes de las grandes ciudades... Cada uno de nosotros lleva la crisis ecológica en su propio cuerpo».

Para que nuestro mundo tenga futuro, necesitamos una nueva manera de pensar el mundo. Necesitamos concebir el mundo de manera global, holística; teniendo en cuenta la interconexión existente entre todos los procesos naturales, de todo con todo. Somos estructuras de relación; somos expresión de la relación del cosmos, de la naturaleza, de la armonía del Universo. La perspectiva holística nos descubrió que lo que caracteriza la realidad son estructuras de relación y relatividad, procesos de transformación y cambios abiertos. En este nuevo modelo orgánico o mutualista, un ser no entra en relación con otro, sino que se encuentra de por sí en relación. La Trinidad, por ejemplo, significa Dios en relación; Dios es amor, porque Dios es pura relación. Nosotros somos capaces de vivir en relación, porque nuestro origen es el Dios amor en relación. Por eso, debere-

Según Edgar Morin, la realidad es un caos-cosmos, porque dentro del presunto caos de la naturaleza, se organiza el cosmos en perfecta armonía.

mos aprender a pensar cada vez más en nosotros como jardineros y amantes, co-creadores y amigos de un mundo que nos da la vida y el sustento.

En esta *metanoia*, o cambio profundo, hay un gran santo cristiano que nos puede servir de guía, a pesar de los siglos que nos separan: Francisco de Asís, el santo patrono de los ecologistas, el místico de la fraternidad-sororidad cósmica, que quiso derrocar la monarquía absolutista de los humanos sobre la naturaleza para «implantar una democracia de todas las criaturas de Dios» (White, 1967).

Desgraciadamente, desde entonces hasta hoy, somos más discípulos de Pietro Bernardone, su padre, hombre de la burguesía y el dominio comercial. Pero ahora «todos debíamos hacernos discípulos de San Francisco, si queremos rescatar la sacralidad de la tierra en un nuevo paradigma» (Boff, 1990). Su lema «*Deus meus et omnia*» es un eslogan cósmico, una llamada a recobrar la armonía rota, consigo mismo, con Dios y con toda la naturaleza amenazada.

Francisco de Asís nos sigue enseñando una pasión por la vida, por el equilibrio en armonía con toda la realidad material. Y una espiritualidad que está en la base de esa pasión, íntimamente implicada con ella: dejarse extasiar por la profundidad de la realidad para llegar a una comunión profunda con su fundamento, el Misterio que late en todo.

3. ¿Cómo aplicar la Carta «Laudato Si» en nuestra ciudad región?

El papa Francisco escogió las palabras del *poverello* para la primera encíclica papal sobre la ecología: *Laudato Si* (LS). Una encíclica que generó de inmediato simpatías y antipatías, como no podía ser



de otro modo si pretendía ser realmente ecológica y aún ecologista. Los conservadores norteamericanos ya decían hace años que los ecologistas eran como las sandías (las patillas en colombiano): verdes por fuera y rojos por dentro; o sea, en realidad, son unos revolucionarios peligrosos para el *stablishment*, el orgulloso «modo de vida americano». Peligrosos precisamente porque quieren cambiar el sistema desde la raíz, desde su fundamento en una economía depredadora, cuyo sustento es el máximo rendimiento económico en la explotación de la hermana tierra. Por eso, los ecologistas son los profetas incómodos de nuestro tiempo. Incluso, en las últimas décadas, han pagado con su vida el compromiso con la tierra, frente los poderes económicos y políticos. El último caso de una ya larga lista fue el reciente asesinato de la líder indígena hondureña, Berta Cáceres.

Alguien calificó la encíclica de «tan ecologista como una lancha de *Greenpeace* desafiando a un petrolero». En su presentación, con el patriarca Bartolomé, habla Francisco de la necesidad de arrepentirse de «las propias maneras de dañar el planeta», de «nuestra contribución a la desfiguración y destrucción de la creación», reconociendo nuestro pecado destructor, que es «un crimen contra la naturaleza, contra nosotros mismos y un pecado contra Dios» (LS 8).

El Papa habla particularmente de la contribución a la degradación de las ciudades y el nefasto cambio climático, indicando que en esa contribución unos son más culpables que otros, pero los peores impactos recaen sobre los más pobres: «En el cambio climático hay responsabilidades diversificadas y corresponde enfocarse especialmente en las necesidades de los pobres, débiles y vulnerables, en un debate a menudo dominado por intereses más poderosos». Como se ha señalado acertadamente, la *Laudato Si* es, particularmente, un alegato contra el caos urbano y la degradación de los barrios:

Advertimos el crecimiento desmedido y desordenado de muchas ciudades [sobre todo en el Tercer Mundo] que se han hecho insalubres para vivir, debido no solamente a la contaminación originada por las emisiones tóxicas, sino también al caos urbano, a los problemas del transporte y a la contaminación visual y acústica. Muchas ciudades son grandes estructuras ineficientes que gastan energía y agua en exceso. Hay barrios que, aunque hayan sido construidos recientemente, están congestionados y desordenados, sin espacios verdes suficientes (...) En algunos lugares, la privatización de los espacios

Francisco de Asís, el santo patrono de los ecologistas, el místico de la fraternidad-sororidad cósmica, que quiso derrocar la monarquía absolutista de los humanos sobre la naturaleza para «implantar una democracia de todas las criaturas de Dios»

ha hecho que el acceso de los ciudadanos a zonas de particular belleza se vuelva difícil (...) Suele encontrarse una ciudad bella y llena de espacios verdes bien cuidados en algunas áreas «seguras», pero no tanto en zonas menos visibles, donde viven los descartables de la sociedad (...) No se trata de destruir y de crear nuevas ciudades supuestamente más ecológicas (LS 44. 45. 143)

El Papa denuncia la realidad de los llamados barrios cerrados, que conoció en Buenos Aires y a los que alude sin nombrarlos. Y critica la privatización de los mejores espacios para unos pocos: «Se crean urbanizaciones «ecológicas» solo al servicio de unos pocos, donde se procura evitar que otros entren a molestar una tranquilidad artificial. Suele encontrarse una ciudad bella y llena de espacios verdes bien cuidados en algunas áreas «seguras», pero no tanto en zonas menos visibles, donde viven los descartables de la sociedad» (LS 45). Francisco habla, en fin, de que: «Hace falta cuidar los lugares comunes, los marcos visuales y los hitos urbanos que acrecientan nuestro sentido de pertenencia, nuestra sensación de arraigo, nuestro sentimiento de «estar en casa» dentro de la ciudad que nos contiene y nos une» (LS 151).

Los ecologistas son los profetas incómodos de nuestro tiempo.

Por eso, se ha hablado del «certero análisis de los problemas de las ciudades de un extremista llamado Francisco»:

Es como si le hubiese inspirado una trinidad formada por Jan Gehl [galardonado arquitecto danés, muy preocupado de buscar ciudades para vivir], Antanas Mockus [político y profesor, ecologista; doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de París XIII; alcalde de Bogotá en dos ocasiones] y Ada Colau [activista social y política española/catalana, que pasó de liderar el movimiento okupa y el de anti-globalización a ser alcaldesa de Barcelona desde 2015]. El Papa trata en su encíclica muchos de los problemas esenciales de las ciudades del mundo: desigualdad, urbanismo social, transporte y movilidad, gestión de residuos, vivienda y hasta gentrificación y política de lo común. Y lo hace, parece que muy bien asesorado desde la Universidad Católica Argentina y por más de 200 colaboradores, con conocimiento y criterio (Bravo, 2015).

En el aspecto de los proyectos de desarrollo urbano, Francisco habla con claridad, especialmente en el Capítulo 5, numeral 3 sobre «diálogo y transparencia en los procesos decisionales»:

La previsión del impacto ambiental de los emprendimientos y proyectos requiere procesos políticos transparentes y sujetos al diálogo, mientras la corrupción, que esconde el verdadero impacto ambiental de un proyecto a cambio de favores, suele llevar a acuerdos espurios que evitan informar y debatir ampliamente (LS 182).

Para la elaboración de un proyecto productivo o de cualquier política, plan o programa a desarrollarse (...) Siempre es necesario alcanzar consensos entre los distintos actores sociales, que pueden aportar diferentes perspectivas, soluciones y alternativas. Pero en la mesa de discusión deben tener un lu-

gar privilegiado los habitantes locales, quienes se preguntan por lo que quieren para ellos y para sus hijos, y pueden considerar los fines que trascienden el interés económico inmediato (...) Hace falta sinceridad y verdad en las discusiones científicas y políticas, sin reducirse a considerar qué está permitido o no por la legislación (LS 183).

La cultura consumista, que da prioridad al corto plazo y al interés privado, puede... consentir el ocultamiento de información (LS 184).

En todo caso debe quedar en pie que la rentabilidad no puede ser el único criterio a tener en cuenta (LS 187).

Un texto que resulta clave para aterrizar en el aporte de la encíclica al análisis de la situación en Bogotá. Un caso particular es la polémica con el modelo de ciudad propuesto por el alcalde Peñalosa y la urbanización versus protección de la reserva forestal Thomas Van der Hammen (geólogo colombiano-neerlandés) en el norte de Bogotá. Su importancia para la mayor parte de los ciudadanos de Bogotá hizo que fuera declarada área protegida desde el año 2000; una reserva que está actualmente en grave peligro. Los científicos están de acuerdo en que la urbanización de este suelo sería calamitosa y es un error que no debería cometer la ciudad; sobre todo por las capas freáticas del subsuelo, que ayudan a descontaminar el río Bogotá, además de otras razones importantes en la defensa del ecosistema. Frente a esto, están las «presiones brutales de los urbanizadores». Así se comentaba en un foro reciente realizado en la Universidad de los Andes, con el Foro Nacional Ambiental y la Fundación Natura el 17 de febrero 2016.²

Concluyendo

La destrucción de nuestro medio ambiente no es una fatalidad, sino una consecuencia de nuestro pecado de humanos depredadores, la consecuencia de que los intereses económicos vayan sobre producto de una comprensión errada del mundo y de nuestra relación con él: no reconocer que somos en relación y si rompemos el equilibrio de esa relación... no somos. ☹

² Al respecto vea: <http://www.uniandes.edu.co/noticias-transmisiones-canal-video/68-t-transmisiones/2485-el-futuro-de-la-reserva-forestal-thomas-van-der-hammen>



La corrupción, que esconde el verdadero impacto ambiental de un proyecto a cambio de favores, suele llevar a acuerdos espurios que evitan informar y debatir ampliamente (LS 182).

Bibliografía

- Bravo, P. (2015) «El certero análisis de los problemas de las ciudades de un extremista llamado Francisco». El Diario. http://www.eldiario.es/desde-mi-bici/analisis-problemas-ciudades-extremista-Francisco_6_402169794.html
- Panikkar, R. (1994). Ecosofía. Para una espiritualidad de la tierra. Madrid: San Pablo.
- San Juan de la Cruz (1973). Vida y obras. Madrid: BAC.
- San Francisco de Asís (1971). Escritos y biografías. Madrid: BAC.

- Boff, L. (1990). Francisco de Asís. Ternura y vigor. Santander: Sal Terrae.
- White, L. (1967) «The Historical Roots of our Ecological Crises». Science, 155 (1967): 1203-1207.
- Moltmann, J. (1992) La justicia crea futuro. Política de la paz y ética de la creación en un mundo amenazado. Santander: Sal Terrae.
- Panikkar, R. (1993) La nueva inocencia. Estella (Navarra): Verbo Divino.